



**Ensayo crítico sobre algunas obras históricas  
utilizables para el estudio de la conquista de  
Chile.**

POR

TOMAS THAYER OJEDA

*(Continuacion)*

---

CAPITULO V

LOS HÉROES INDÍJENAS DE «LA ARAUCANA»

I

*Consideraciones necesarias para su estudio*

Los personajes españoles o, mejor dicho, europeos mencionados por Ercilla no son imaginarios; a lo sumo cabe sobre unos cuatro o cinco la duda de si asistieron o nó a una funcion de armas que el autor canta de oidas. Pudo ser mal informado; i tanto mas fácil es suponerlo sabiendo que Juan Jufré afirmaba haber hablado con Lorenzo Bernal cuando venia del despueblo de Concepcion. Sin embargo, Bernal,

precisamente uno de ellos, estaba entónces en la Imperial i no se movió de allí en esos dias.

Mui diverso se presenta el estudio de los héroes araucanos. Para los españoles solo interesaba la colectividad, el enemigo; por este motivo, sus valerosos caudillos no han dejado casi huellas en la historia; solo uno de ellos, Lautaro, consiguió inmortalizar su nombre, los demas habrian permanecido ignorados si Ercilla no los hubiese recordado en su poema. No es por esto posible seguirles la vida paso a paso, ni siquiera dable comprobar la existencia de muchos; en cambio, no es tan ardua tarea levantar los cargos formulados sobre esta materia a la obra de Ercilla.

El de mayor importancia es, sin duda, el de haber colocado al araucano, como guerrero, a mayor altura del español. En nuestro sentir el equivocado en este punto no es Ercilla; lo son sus impugnadores. Que en la cultura, armas, capacidad para el arte de la guerra eran los españoles superiores a los araucanos a nadie se le ocurrirá dudarlo; pero que, no obstante esas condiciones, la táctica araucana llegó a ser mejor, i es lo único que se desprende de *La Araucana*, es conclusion fácil para quien estudie la historia a la luz de la documentacion fidedigna de la época.

Recientemente ha escrito el distinguido historiador señor don Crescente Errázuriz la historia de la conquista de Chile y, a pesar de prescindir casi en absoluto de los cronistas antiguos y de mediar tres i medio siglos, resulta en ella el araucano mas grande aun, porque las proezas cantadas por Ercilla, quedan comprobadas con abundante prueba testimonial.

La esplicacion de un fenómeno tan importante i difícil de concebir debe buscarse en que el español, confiado en el valor i en la eficacia de sus armas, descuidó el arte de la guerra; el araucano, por el contrario, comprendiendo su impotencia para resistir en campo abierto al enemigo, consagró todos sus desvelos a inventar nuevas armas i adaptarse las cojidas en la guerra, a discurrir ardidés, obras de defensa i

cuanto le habilitase para contrarrestar la superioridad de su rival.

Cuando Ercilla militó en Chile ya lo habían conseguido: para inutilizar la caballería escojían un campo accidentado que impedía las cargas i cuyas laderas boscosas eran un seguro refugio en caso de peligro, o bien cubrían el terreno de hoyos, como lo hicieron en el asalto del fuerte de Puren; idearon el lazo, arma formidable contra los caballos i armaduras i a la cual verosíblemente se debe atribuir el desastre de Tucapel; levantaban albarradas en las estrechuras de los caminos para cortar la retirada al enemigo, como ocurrió en Marigüeñu; utilizaban las armas de fuego i levantaban fortalezas rodeadas de fosos i otras defensas, como las del fuerte de Quiapo; usaban blindajes de maderas contra las balas, celadas, coseletes de cueros contra las armas blancas; sin contar los propios elementos de guerra de los indios que, aunque inferiores, no eran por cierto despreciables. Agréguese a esto cuánto valdrian ellos en un pueblo guerrero, adiestrado pacientemente desde la infancia en el manejo de las armas i medítese si tuvo o nó razon Ercilla para mostrarse entusiasmado.

En resúmen, se puede hoi, prescindiendo de *La Araucana*, como lo ha hecho el señor Errázuriz, decir cuanto Ercilla dijo allí, i mas todavía, i a quien lo dude le recomendamos la lectura de los capítulos de su obra referentes a las acciones de Lincoya i cercos de Arauco (1).

(1) Don Ricardo E. Latham ha publicado tambien en la *Revista Chilena de Historia i Jeografía* i en un opúsculo de 74 pájinas un interesantísimo estudio intitulado *La capacidad guerrera de los Araucanos*, en el que presenta abundante prueba que abonan nuestras aseveraciones. El señor Latham dirige sus investigaciones a estos cuatro puntos: I. Condicion de los Araucanos ántes de la conquista española; II. Las nuevas condiciones que tenían que afrontar los araucanos con la entrada de los españoles; III. Las armas i métodos guerreros de los araucanos; i IV. La capacidad de los araucanos de asimilar el arte de la guerra i sus resultados.

Nos ha sido mui grato estar completamente de acuerdo con la opinion de nuestro amigo, señor Latham, cuyos sólidos conocimientos de etnología i arqueología chilenas son jeneralmente apreciadas.

Todavía es oportuno recordar otra circunstancia inadvertida casi siempre i que cambia la faz de los hechos. De ordinario se asevera que en tal o cual batalla pelearon 40, 50, 100 o mas españoles contra millares de indíjenas. Los conquistadores habrian luchado como titanes uno contra diez, ciento, mil o mas enemigos; el triunfo habria dependido, ante todo, del número de combatientes. La verdad, empero, es otra. Esas masas incontables no se han presentado en batalla alguna en Arauco; prudencialmente i ateniéndose a las mejores informaciones se puede calcular entre cinco, diez, o acaso, veinte mil el número de araucanos en una batalla campal; i en cambio, los españoles llevaban consigo esclavos, yanaconas e indios amigos, en número variable, segun la importancia de la jornada, pero siempre crecido. Las batallas se libraban mas bien entre indios capitaneados por jefes indíjenas los unos, por españoles los otros. Por ejemplo,—para referirnos siempre a la época de *La Araucana*,—Don García llevó consigo seiscientos hombres escojidos, mil caballos, i tres a cuatro mil indios (1).

## II

### *Sobre algunos nombres que no son araucanos*

Se ha reprochado a Ercilla la introduccion de personajes indíjenas cuyos nombres no son de orijen araucano, lo que constituye una falta que afecta al estudio de la lengua araucana. Conociendo nuestra incompetencia no abordaremos a fondo la materia, pero llamaremos la atencion hácia algunas circunstancias inadvertidas al formular la objecion apuntada.

Ante todo, debe recordarse la dificultad con que tropeza-

---

(1) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.* XVIII, 144. Carta de don García de Mendoza, 24 de Enero de 1558.

ban los españoles para escribir nombres de otro idioma que poseía sonidos peculiares que solo habrían podido representarse mediante un sistema ortográfico convencional, como sucede con los de tantos otros idiomas. ¿Como habrían escrito fonéticamente, por ejemplo, unos cien apellidos ingleses, cómo los sonidos nasales i las vocales francesas, cómo las consonantes complejas de otras lenguas?

«El araucano, dice un entusiasta admirador de *La Araucana* (1), es un idioma aglutinado, en que partículas afijas, prefijas e intercaladas hacen variar el significado, la acción, el modo, el tiempo, el caso i el número de las palabras. Siendo una lengua no escrita, i por lo tanto, no fija, las alteraciones son frecuentes, sea por las costumbres, diferencia de lugares, de hábitos i hasta por la variedad de la pronunciación».

«Tiene el idioma sonidos ásperos i complicados que al pasar a sonidos castellanos, por la fuerza i por el instinto de nuestra lengua, tienden a ser modificados o desvirtuados».

Para comprobar la verdad de este aserto hemos formado la lista que va a continuación, si bien ella solo manifiesta las alteraciones de vocablos indígenas correspondientes a nombres geográficos, introducidos en su ortografía por los mismos españoles:

Turapaca (Hists. XXVII, 260)=Tarapacá.

Pocayapo, Copayapo (Hists. XXVII, 227 i 229), Copeyapo (Docs. Inéd. VII, 208); Copoyapo (Hists. I, 3); Copiayapó (H. XXVII, 489)=Copiapó.

Quaquizago (2) (Docs. Inéd. XII, 467), Cuquimpu (H. XXIX, 300); Coquinga (H. XXVII, 228) i Coquembo (H. XXVII, 229)=Coquimbo.

Cuncumicagua (H. VII, 268) Cuncancagua (H. XXVII, 232). Canconagua (H. I, 3)=Aconagua.

(1) KÖNIG (Abraham). *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, edición para el uso de los chilenos. pág. XXXIX.

(2) Debe existir, además, un error de copia: el original dirá quizás *Quaquingo* o *Quoquimpo*.

Curacoma (H. I, 127) Caraoma (H. I, 364) = Curaoma.

Illapinchel (1) = Illapel.

Pucho de Unei (H. I, 320), Puchidemu = Pichilemu.

Quintiquililica (R. Aud. vol. 2286, f. 137); Quintililica, (H. I, 319), Tintililica (H. I, 319), Tinterarica (H. XXVII, 316), = Tinguiririca.

Cachipual (H. I, 343) = Cachapoal.

Poangui (H. I, 289) = Puangue.

Ragco (Docs. Inéds. VIII, 71); Rabco; Rauco (H. I, 95) = Arauco.

Toralaba (Docs. Inéds. XIV, 218) = Tobalaba.

Chualoco (mineral de) (R. Aud. v. 2281) = Chalaco.

Puinchaicabi, Puichencabi, Puchincavi (H. XVII, 40, 65 i 74) = Puchuncaví.

Pudabal, Podagüel (H. XVII, 123 i 199) = Pudahuel.

Vitaicura (Docs. Inéds. XIV, 218) = Vitacura.

Pueden añadirse estos otros nombres de pueblos o de caciques:

Pomamaocaes (Docs. Inéds. VII, 214); promaocaes i poromaucæs (H. I, 95 i 285) = promaucæs.

Ranugallen = Renoguelen.

Guabarongo (Docs. Inéds. XI, 409); Juan Barongo (Docs. Inéds. VIII, 316); Juan Darongo (Docs. VIII, 453) = Guandarongo (XI, 387).

Tinguillanga; Itunguillanga (H. I, 220) = Atunguillanga (R. Aud., vol. 206, f. 123).

Caloande, Moyande, Aloyande = Aloande (Docs. Inéds. XV, 217).

Cuerquino (X, 289); Querquino = Quirquino.

Esta clasificacion en nombres jeográficos i de pueblos o personas no significa en manera alguna que les atribuyamos diverso orijen; consideramos jeográficos los que han prevalecido como tales.

---

(1) Esta forma aparece en unos títulos de tierra, que orijinales posee el señor Pbd. don Carlos Silva Cotapos.

Si tan abundantes son las alteraciones de nombres indígenas, casi imposible es que Ercilla por idénticas razones no desfigurara algunos; agréguese a éstos los metaplasmas introducidos para ceñirse a las exigencias poéticas (1) i se tendrá de seguro una cifra apreciable de nombre cuyo orijen araucano no será fácil descubrir.

Pero la fuente verdadera del cargo es mui diversa. La poblacion de Chile ni era homogénea ni hablaba un solo idioma: constituida por una reunion de pueblos de cultura i de lenguas diferentes, mas o ménos localizadas unas, diseminadas otras por el pais, no seria posible, hoi por hoi, fijar la influencia de cada una sobre las demas. En la zona norte i central hubo por lo ménos cinco, a saber: los changos, los calchaquies, los mitimaes o indios peruanos, los guarpes i los picunches, o mejor dicho, los varios pueblos englobados en ese nombre; al sur del Bio-Bío; los pehuenches, los puelches i los huilliches; mas adelante los cuncos i los tehuelches, i en la rejion austral los onas, los yaganes i los alacalufes.

¿Bastaria, pues decir que tales o cuales nombres no son araucanos para demostrar que hayan sido inventados por Ercilla?

Refiriéndose a este punto dice el señor König en su interesante estudio:

«No son auracanos: Brancol, Crepino, Crino, Cariolano, Colca, Cron, Curgo, Changle, Galvo, Gracolano, Guacon; Guambo, Lambecho, Mauropande, Millo, Narpo, Nico, Norpa, Orompello, Palio, Palta, Pinol, Polo, Tarbo, Torbo, Trulo, Zinga. Seria enteramente inútil buscar la etimología de estos nombres que son creacion de la fantasía del poeta» (2).

Por lo ménos en parte, es inexacta la conclusion del señor König: habria estado en la razon talvez si se hubiera limitado a afirmar que no eran de orijen araucano; no la tiene al atribuirlos a mera fantasía del poeta.

(1) No a otra razon obedeceria la alteracion del apellido español de Nera en Nereda.

(2) KÖNIG (A). *La Araucana*, pág. XL.

En efecto se puede probar la existencia, si no de los personajes mismos de Ercilla, de otros que llevaron tales nombres, que es cuanto importa al caso.

Así, Orompello, el mas importante de los impugnados, era un cacique de la jurisdiccion de Osorno en 1562 (1). Es evidente que el nombre lo aprendió Ercilla en su viaje a Ancud. Mariño de Lobera, a quien por desgracia no nos atrevemos a presentar como autoridad, menciona dos Orompello: uno que combate contra Don García en 1557 i 1558 i otro ejecutado por orden del mismo Gobernador durante una espedicion a Ancud en Febrero de 1558 (2).

Palta o Apalta, pueblo de indios en los promaucaes que subsiste aun (3).

Nico, indio promaucá 1612 (4). Podria citarse como análogo a Mico indio de Apalta en 1560 (5).

Tenemos, en consecuencia, tres nombres que rebajar con absoluta certeza de la lista enunciada.

Hai todavía otros en los cuales la analogía en su estructura basta para presumir la existencia de los mencionados por Ercilla. Tales son:

Mauremange, cacique de las riberas de Itata en 1565 (6); Mancande, cacique araucano en 1562 (7); Maurocheuque, cacique promaucá, 1580 (8); Mauro, Maurocal, Mauroguen, Guelenmauro, Roinmauro, Tubulmauro, indios promaucaes en 1612 (9); Talagande, en el valle de Mapocho; Quereande, Pultacande (10) i muchísimos otros terminados en *ande*, en los

(1) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*, tomo XXIX, p. 153.

(2) *Hists. de Chile*, tomo VI, pájs. 210, 230 i 241.

(3) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*, XVIII, 342; *Hists. de Chile* XXIX, 503.

(4) *R. Aud.*, vol. 1700, f. 214 vuelta.

(5) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*, XI, 350.

(6) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*, XXX, 179.

(7) MEDINA (J. T.), *Docs. Inéds.*, X, 283.

(8) *R. Aud.*, vol. 2,286, f. 137.

(9) *R. Aud.*, vol. 1,700.

(10) *R. Aud.*, vol. 2,286, f. 137.



promaucaes, que justifican la posibilidad del nombre Mauro-pande de *La Araucana*.

Cholo, cacique puelche en 1580, análogo con Polo (1) i Colocolo. Este último es netamente araucano.

Millo, nombre impugnado; milla, voz araucana que significa oro. Además, Valdivia concede en encomienda en 1552 el cacique «Longomilla o Longomillo» (2).

Colca. Análogos: Colto i Cholco, indios promaucaes en 1545 (3) i 1612 (4).

Changle, mencionado en *La Araucana*; Chaengue, cacique de la jurisdicción de Valdivia en 1554 (5); Chanqueo, cacique de Villarrica, 1564 (6).

Una tercera serie de nombres no son araucanos, porque no lo eran quienes los usaron. Por lo ménos se encuentran en este caso:

Brancol, cacique de Itata.

Crepino «indio extranjero», él lo dice al dirigirse a Tegualda:

«Que si soi extranjero i no merezco  
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio  
Como tu siervo natural me ofrezco  
De vivir i morir por tu servicio.»

*La Araucana*, Canto XX.

Si era extranjero i el nombre no es araucano la única conclusión lójica es que él tampoco lo era.

Trulo. Ercilla espresa que los trulos no eran araucanos. Dice así:

(1) *R. Aud.*, vol. 2,286, f. 137.

(2) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, XI, 405.

(3) *R. Aud.*, vol. 1,700.

(4) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, tomo XV, 308.

(5) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, XXIX, 260.

(6) *R. Aud.*, vol. 2,058, fs. 111.

«Venía tras el Tomé que sus pisadas  
 Seguían *los Puelches*, jentes banderizas  
 Cuyas armas son puntas enhastadas  
 De una gran braza largas i rollizas.  
 I LOS TRULOS también que usan espada  
 De fe mudable i casas movedizas  
 Hombres de poco efecto, alharaquientos  
 De fuerzas grandes i chicos pensamientos.»

CANTO XXI.

¿Todas estas indicaciones no describen un pueblo esencialmente diverso del araucano?

Palio. Es voz castellana i como tal la usa Ercilla:

«Vile que a la razon se apercibia  
 Para correr el *Palio* acostumbrado  
 Que una milla de trecho i mas tenia  
 El término del curso señalado.»

CANTO XX.

Sumamente verosímil es que Ercilla diese nombres antojadizos a personajes de ínfima importancia, como son casi todos los incluidos en la lista del señor König, intercalados con el esclusivo objeto de dar vida a la narracion; pero es mui probable también que aumenten su número ora meros errores ortográficos, ora, como queda dicho, las exigencias de la poesía; por ejemplo: Guacol i Guacoldo; Longobal por Longonabal; Narpo i Norpa, Tarbo i Torbo; Talca i Talco; Peicaví i Paicabí; Pillo, Pillileo i Pilloleo; Maulen i Mallen; Picol, Picoldo i Guampicol, i otros varios. En consecuencia, seria aun mui aventurado sostener que éstos i los nombres restantes de la lista que estudiamos sean fantásticos.

## III

*Uso de nombres jeográficos como personales*

Tambien se ha censurado a Ercilla el uso de nombres jeográficos como personales, Tucapel, Lincoya, Puren, Mareguano i algunos otros.

A este respecto anticipa Ercilla una esplicacion: «Los caciques toman el nombre de los valles, de donde son señores, dice, i de la misma manera los hijos o sucesores que suceden en ellos. Declárase esto porque los que mueren en la guerra se oirán en otra batalla: entiéndase que son los hijos o sucesores de los muertos» (1).

Ercilla i sus impugnadores están, por consiguiente, contestes; el problema queda reducido a demostrar si el poeta pudo o no usar tales nombres como personales.

No creemos exacta la afirmacion de Ercilla en forma tan categórica, pero debia de ser una costumbre harto jeneralizada. El conquistador de Chile en carta al Emperador, dice: «Luego repartí todos los caciques que hai en el río [Cauten] para acá [Concepcion], sin dar ninguno de la otra parte, por sus levos, cada uno de su nombre, QUE SON COMO APELLIDOS, i por donde los indios reconocen subjecion a los superiores» (2). Valdivia escribe así seis años antes de la venida de Ercilla, i con pleno conocimiento de causa. No seria fácil invocar un testimonio de mayor valor. Pero no es el único. En una encomienda dada a Alonso de Reinoso por el gobernador Francisco de Villagra en 1561, dos años despues de la salida de Ercilla de Chile, le concede «el levo e cabies de Andalican, E DE SU APELLIDO» (3).

(1) *La Araucana*, ed. de 1597, declaracion de algunas dudas que se pueden ofrecer en esta obra.

(2) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, tomo IX, páj. 400.—Carta de Valdivia al Emperador, 25 de Setiembre de 1551.

(3) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, tomo X, páj. 482.

En un litijio seguido a principios del siglo XVII, sobre las tierras de Mallaca, en el valle de Quillota se presentó un interrogatorio cuya pregunta quinta era: «Si saben que el nombre de Mallaca es jeneral de todo dicho valle donde se comprehenden otros que los indios acostumbra poner tomando el apellido de algunas piedras, animales i árboles i pangales, pero no porque sean diferentes de la suerte i sitio principal de todo el dicho valle» (1).

Como se ve nada se dice de nombres de indios ni caciques, i esto podría argüirse en pro de quienes niegan tal oríjen a determinados nombres jeográficos. Empero la declaracion de los testigos desvanece esta primera impresion.

Don Juan Cadquitipai, de 60 años, cacique principal de la encomienda de don Diego de Rivadeneira, depuso:

«Que es verdad que el nombre de Mallaca es jeneral de todas las dichas tierras, donde se comprehenden otros que este testigo i sus antepasados han acostumbrado poner, tomando el apellido DE ALGUNOS CACIQUES, de animales», etc. (2).

Don Diego Tureocare, cacique, de igual edad i encomienda repite:

«Que sabe este testigo que el nombre de Mallaca es nombre jeneral de todas las dichas tierras i valle donde se comprehenden otros que los indios sus antepasados ponian i ponen el dia de hoi en muchas partes, tomando de un sitio, aunque sea de una cuadra, adonde esté poblada alguna casa, en cada parte el nombre que quieren como son DE LOS PROPIOS CACIQUES E INDIOS, de árboles, animales i pangales» etc. (3).

En forma análoga declaran dos testigos españoles. Pedro de Leon, de mas de cien años de edad, último sobreviviente de los compañeros de Valdivia i habitante del mencionado valle durante mas de medio siglo, quien ademas añade: «que no tan solamente en las dichas tierras de Mallaca ponen i lo

(1) *R. Aud.*, vol. 2,850, fs. 117 vta.

(2) *R. Aud.*, vol. 2,850, fs. 122 vta.

(3) *R. Aud.*, vol. 2,850, fs. 124 vta., 127 i 129.

acostumbran otros nombres tomando el nombre del cacique o indio cuya es la tierra» (1). El otro Juan de Estai, de 45 años, repite lo mismo i concluye: que lo sabe por ser criollo desta tierra i los indios jeneralmente lo han acostumbrado i acostumbrán (2).

Ahora bien, ¿no es verdad que estos cuatro testigos contestes no solo en recordar un hecho omitido en el interrogatorio, señalando en *primer* término en los caciques e indios el oríjen de esas denominaciones, unidos a las palabras de Valdivia i de Villagra constituyen un argumento poderoso en favor de la afirmacion de Ercilla?

I como pudiera objetarse aun que el interrogatorio que nos ocupa es un testimonio singular i que los testigos declarasen a su tenor faltando a la verdad, hemos procurado exhibir, por lo ménos, otro ejemplo.

En pleito de la misma época sobre las tierras de Alhué, se lee en la pregunta 2.<sup>a</sup> de uno de los interrogatorios: «[ si ] saben que las tierras deste litigio eran del cacique Abalague i que el nombre que tienen de Algue lo tomaron del susodicho, COMO LOS DEMAS VALLES FUÉ COSTUMBRE TOMARLES DE SUS CACIQUES» (3).

Depusieron a su tenor:

Don Jorje, cacique de Rapel: «que todas las tierras siempre se nombran [ como ] los caciques dellas» (4).

Don Cristóbal, cacique de Rapel: «en cuanto a que las tierras toman los nombres de los caciques dueños dellas ES COSA MUI NOTORIA i cierta» (5).

Alonso Gajardo: «que es cosa cierta i la tiene este testigo por tal que siempre toman las tierras el apellido de los caciques que las gozan» (6).

Frai Juan Medel: «que es costumbre hoi en dia i lo fué antigua que las tierras que se dan tienen los nombres de los caciques cuyas fueron» (7).

(1) i (2) *R. And.*, vol. 2,850, fs. 124 vta., 127 i 129.

(3) a (5). *R. Aud.*, vol. 310, fs. 286, 288, 290, 290 vta., 294 vta., 281 vta.

(6) a (7) *R. Aud.*, vol. 310, fs. 286, 288, 290, 290 vta., 294 vta., 281 vta.

El capitán Luis Monte de Sotomayor: que las tierras en litigio fueron del cacique Abalalque «i que por eso se llaman Algue las dichas tierras, como cosa acostumbrada a tomar el nombre de sus dueños» (1).

Todavía es digno de particular atención que ninguno de los contrarios pretendió desvirtuar el mérito de probatorio de ambas informaciones: hubo, por consiguiente, acuerdo entre las partes, i ello abona la «notoriedad» recordada por algunos de los testigos.

Contra tales testimonios i sobre una materia que entonces debió ser universalmente sabida, como que en ello estribaba el reparto de las encomiendas i las mercedes de tierras, base de las fortunas de los conquistadores, se opone una simple i gratuita afirmación. En efecto ¿cuál es la prueba para establecer que los nombres geográficos indijenas objetados no arranquen en muchísimos casos su origen en los nombres de antiguos caciques señores de esas rejiones?

I no es despreciable argumento en pro de esta hipótesis el hecho de que, en efecto, los nombres de gran número de antiguos caciques pasaran a ser geográficos, como se ve en la lista que sigue:

Apochame.

Apoquindo. 1544. *R. Aud.*, vol. 310, f. 123.

Andalican. 1563. *H. XXIX*, 497.

Andalien. 1562. *Docs. Inéds.* X, 285.

Cachapoal. 1545. » » X, 17.

Canumanqui. *H. XXIX*, 497.

Calle-Calle. 1554. *XXIX*, 261.

Chimbarongo. 1580. *R. Aud.* 2,286, f. 137.

Guachuraba. 1552. *Docs. Inéds.* XV, 358.

Longomilla. 1552. » » » »

Melipilla, 1544. *R. Aud.*, vol. 310, f. 123.

Millapoa. 1552. *Docs. Inéds.* X, 339.

Perquilauquen. 1569. *Docs. Inéds.* X, 289.

Quiapo. 1565. » » XXX, 180.

(1) *R. Aud.*, vol. 310, fs. 286, 288, 290, 290 vta., 294 vta., 281 vta.

Quilacura. 1562.	»	»	X, 481.
Quilicura. 1551.	»	»	XV, 13.
Renoguelen.	»	»	XXX, 177.
Tabon. 1562.	»	»	XI, 342.
Talagante. <i>H.</i> I, 196 i 197.			
Talca. <i>Docs. Inédts.</i> XXIII, 102.			
Taleahuano. 1552. <i>Docs. Inédts.</i> , IX, 413.			

Si es indiscutible que hubo caciques que usaron nombres que consideraremos jeográficos, ¿por qué dudar de los de Tucapel, Puren, Angol, Cayocupil, Mareguano i otros héroes de *La Araucana*?

Pero vayamos mas léjos. Supongamos por un momento que en realidad fué Ercilla quien bautizó con nombres jeográficos a sus personajes; si tal cosa era la costumbre ¿en qué falta histórica habria incurrido Ercilla? Si esos caciques no dieron sus nombres a las rejiones que gobernaron—tésis que no está demostrada—por lo ménos podian usarlos, i los usaban jeneralmente, como lo asevera el propio conquistador de Chile. Por último, si tal era la verdad ¿no habria sido plausible la sustitucion de nombres de un mero valor filolójico por otros que a la par de recordar una costumbre, vinculaban el poema al suelo mismo de Arauco, personificando en sus caciques a los pueblos coligados contra el español?



## CAPITULO VI

### CAUPOLICAN I LAUTARO EN EL POEMA

Hemos dicho que los héroes araucanos habrían permanecido ignorados si Ercilla no hubiera cantado sus hazañas. Apenas unos ocho o diez figuran en fuentes oriĝinales, descontando los autores que han utilizado como tal a *La Araucana*: Andalican, Caupolican, Caniomanque, Colocolo, Lautaro, Longomilla, Peteguelen, Talca i Talcahuano son los principales.

Ercilla menciona tambien como jefe de los auracanos i «honor de los Pencones» a Ainavillo, prisionero envenenado por los españoles en 1550. Nada mas se sabe de él: pero es curioso anotar que veintitres años despues el gobernador Pedro de Villagra hiciera prender en Concepcion a otro Inavillo «que ha mostrado ser, dice un contemporáneo, amigo i daba aviso de lo que pasaba en la tierra, aunque bien creo era de industrias para saber nuestros secretos» (1).

La carencia de noticias sobre los héroes araucanos permi-

---

(1) *Hists. de Chile*, XXIX, 498, carta de Julian de Bastidas a Don García de Mendoza.



tió a Ercilla dar vuelo a su inspiracion sin desmedro de la verdad. Con todo, si nos olvidáramos del doble aspecto que ofrece a la crítica *La Araucana*, podríamos reprocharle la exaltacion de Caupolican, de bravo guerrero a la principal figura del poema. Ello no es exacto i aun contrario a la verdad, por cuanto retrotrae la jefatura de Caupolican a una época en que, de seguro no la tuvo; pero era indispensable crear un héroe para el poema. Ni Valdivia, muerto en Tucapel; ni Villagra, derrotado en Mareguano; ni Don García, que por su juventud no podía disputar a sus antecesores fama de hábiles i valerosos capitanes ganada en largos años de cruentas campañas podian servir de héroes a Ercilla: habria faltado unidad al poema i campo a la fantasía. La vida de cada uno era demasiado conocida para crearlos héroes de epopeya sin incurrir en el ridículo ante sus compañeros de armas, cuyo testimonio invocaba Ercilla en apoyo de la verdad histórica de su obra.

Diversa cosa era forjar un héroe araucano. El contraste de la lucha imponente de un pueblo bárbaro con otro que encarnaba la civilizacion era ciertamente propicio para despertar el interes; el héroe en quien se personificasen las virtudes de ese pueblo, conocido solo por sus hazañas, presentaba amplio campo a la poesía; el secreto guardado en sus deliberaciones i sus costumbres casi desconocidas suministraban cuantos recursos eran necesarios para el completo desenvolvimiento del plan concebido por Ercilla.

Por desgracia, Lautaro, el grande héroe araucano que sembró la consternacion entre los españoles, i puso a la colonia al borde de la ruina, habia perecido, como héroe es cierto, pero mucho ántes de la época en que hubiera querido hacerlo morir Ercilla, cuando ni siquiera el poeta habia pisado el suelo de Chile.

Siendo el propósito de Ercilla el de hacer, ante todo, una obra histórica, el tropiezo no podia ser mas grave. Para salvarlo ocurrió a un audaz e ingenioso artificio. Respetando a Lautaro, dejando intacta su figura militar, creó una segunda

con el carácter i fisonomía moral de Lautaro encarnada en la persona de Caupolican, que, belicoso, astuto, cruel i orgulloso como él, habia sido elegido sucesor suyo por los araucanos.

Mediante tal estratajema, hábilmente disimulada, pudo Ercilla satisfacer las exigencias literarias de una obra de su jénero; pero no consiguió, segun creemos, refundir las dos personalidades, verdadera i ficticia, de Caupolican. Si se analizan sus actos a la luz de la historia o tan solo las noticias que sobre él nos suministra *La Araucana* su figura se desdobra i aparecen dos entidades diversas perfectamente definidas: Caupolican i Lautaro.

Parecerá absurda o por lo ménos demasiado aventurada esta afirmacion, pero ella es fruto de prolijo i meditado examen. En efecto, estudiado a fondo, i aun sin descontar cuanto pudo darle la fantasía, Caupolican resulta un héroe decorativo, adornado con todas las cualidades de su pueblo, pero casi desprovisto de acciones capaces de justificar los elogios que le tributa el poeta.

Para Ercilla, Lautaro es el héroe en accion: la actuacion de Caupolican es tan secundaria en este terreno que Tucapel i Rengo i aun otros capitanes araucanos de menor importancia superan al protagonista de *La Araucana*.

Caupolican, segun Ercilla, debió su eleccion al prudente sabio cacique Colocolo, quien

«Conociendo el valor i suficiencia  
de este Caupolican que ausente estaba,  
varon en cuerpo i fuerzas estremado  
de rara industria i ánimo dotado.»

.....  
«Tenia un ojo sin luz de nacimiento,  
como un fino granate colorado  
pero lo que en la vista le faltaba  
en la fuerza i esfuerzo le sobraba.»

«Era este noble mozo de alto hecho,  
varon de autoridad, grave i severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero, riguroso, justiciero,  
de cuerpo grande i relevado pecho  
hábil, diestro, fortísimo i lijero  
sabio, astuto, sagaz, determinado  
i en casos de repente reportado.»

## CANTO II.

El retrato moral de Caupolican haria honor a cualquier grande hombre i de cualquier pais del orbe; mas, para conocer su verdadero valor debe tenerse presente la admiracion que sentia Ercilla por el pueblo araucano, que debia personificar en su jefe, atribuyéndole cuanto de bueno hallase en ellos, máxime sabiendo que tal honor se discernia al mas meritorio i mas ápto para tan difícil cargo. Añádase a esto la necesidad imperiosa de colocar al héroe a la altura del poema i se verá que hai motivo suficiente para dudar de su absoluta fidelidad.

Antes de proseguir formularemos la primera objeccion histórica que desvirtúa algunos hechos de Caupolican i descubre ya el propósito de Ercilla. Suponiendo exacta la eleccion de Caupolican, como es probable, debió tener lugar despues de la muerte de Lautaro, quien fué el verdadero jefe de la insurreccion de 1553 (1). Siendo ello así ¿qué otra razon sino una necesidad imperiosa pudo obligar a Ercilla, siempre respetuoso de la verdad, a falsear un hecho notorio en aquel entónces? Esa necesidad, a nuestro entender, no fué otra sino la falta de un héroe.

(1) La jefatura de Lautaro es un hecho histórico indiscutible hoy. Citaremos en apoyo el testimonio de una veintena de testigos que entre otros muchos hemos escogido por su precision: todos ellos afirman que Lautaro fué «Capitan jeneral de los indios» o «Capitan de toda la tierra».—MEDINA (J. T.) *Docs. Inédts.* XI. 188; XIV, 174; XVII, 76; XXI, 140, 141, 154, 173, 174, 368, i 398 i XXII, 113, 158, 170, 193, 226, 249, 386, 400, 411, 430 i 565.

Comparemos ahora el retrato de Caupolican con el que de Lautaro hace Francisco de Villagra: «si saben i tienen por cierto que el dicho *capitan* Lautaro *fué el principal en la muerte del dicho gobernador Valdivia i causa de levantar i alborotar toda la tierra, e que era un indio belicosísimo e DE MUI GRANDES FUERZAS I ARDIDES e que habia hecho mui grandes males i daños en toda la tierra*; e si saben que fué señaladísimo servicio que fizo a S. M. (ganando la batalla de Mataquito) porque murió allí el dicho Lautaro, QUE ERA EL CAPITAN JENERAL DE LOS INDIOS *i que tenia alzada i revelada aquella provincia de Chile...*(2).

Si no supiéramos a quien se referia Villagra, si nos guiásemos solo por el retrato de Ercilla ¿no es verdad que creeríamos que ese indio belicosísimo, de grandes fuerzas i ardides i capitan de los araucanos, era el mismísimo Caupolican?

El primer acto de Caupolican al asumir el mando no corresponde, ciertamente, a la grandeza de alma del héroe de *La Araucana*: ochenta soldados escojidos, confundidos con los indios de servicio, se introducirían furtivamente en Tucapel, llevando ocultas sus armas entre la yerba i la leña que conducían al fuerte. Conseguido su intento, se precipitarían sorpresivamente sobre la desarmada guarnicion, mientras Caupolican con el grueso de su ejército se abalanzaría a consumir la ruina de los españoles. No consta en otra fuente tal version, pero sí el hecho de que los indios se valieron de esa estratagemá antes i despues de la ocasion referida por Ercilla, cuando intentaron ultimar a Francisco de Villagra en la isla de Pucúreo en 1553 i cuando asesinaron a don Pedro de Avendaño en 1561.

(2) MEDINA (J. T.) *Docs. Inédts.*, tomo XXI, páj, 119, interrogatorio presentado por Villagra en su proceso.

(Continuará).